

Rituales funerarios en el calcolítico de Abauntz. Un ejemplo de lesión con supervivencia

The funeral rites in the Chalcolithic cave of Abauntz. The remains of an injured skull

Pilar Utrilla*, Carlos Mazo*, José Ignacio Lorenzo**

Resumen

Se estudian los ritos funerarios y el ajuar que acompañaba a los enterrados en el nivel Calcolítico de la Cueva de Abauntz con especial hincapié en un resto craneal con lesión y supervivencia del individuo. Se interpretaría éste como una intervención con un claro interés curativo que se resolvió favorablemente para el paciente.

Palabras clave: Ritos funerarios, Calcolítico.

Abstract

In this paper we study the funeral rites and the associated dowry documented in the Chalcolithic burial level of the cave of Abauntz (Navarra). We focus on the remains of an injured skull. The signs of recuperation indicate that the individual survived. We explain that as the result of a real procedure (favorably resolved) with a clear interest to heal the patient.

Keywords: Funeral rites, Chalcolithic.

DEDICATORIA

Durante muchos años hemos guardado el tema que tratamos en estas líneas esperando el momento en que llegara la jubilación de nuestra entrañable compañera Teresa. Toda su vida investigadora la ha dedicado a los rituales funerarios del calcolítico y sabemos que este artículo lo leerá con interés y probablemente lo criticará sugiriendo nuevas interpretaciones. No esperamos otra cosa. Sin embargo, cuestiones de política universitaria han propiciado que otros tres compañeros nuestros, Manolo, Carlos y José Antonio, hayan presentado a la vez su petición de jubilación mucho antes de lo esperado. Va para ellos también.

1. La cueva de Abauntz: un lugar de leyenda

La cueva de Abauntz ha sido objeto de interesantes leyendas que intentaban explicar la presencia evidente de muertos (calcolíticos) y monedas (romanas) en su interior. Se convirtió así en un Lamizulo o «agu-

jero de lamias», unas mujeres mitológicas con pies de ganso que pasaban su tiempo cardando la lana o peinando sus cabellos con peine de oro y que intercambiaban monedas de oro con los pastores de Arraiz a cambio de un kaiku de leche y queso. Un día, uno de

* Departamento de Ciencias de la Antigüedad. Área de Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Pedro Cerbuna 12. 50009 Zaragoza (utrilla@unizar.es), (cmazo@unizar.es) **Departamento de Educación, Universidad, Cultura y Deporte. Gobierno de Aragón. (jilorenzo@aragon.es).

ellos les colocó boñiga de vaca y ellas, muy enfadadas, le persiguieron furiosas hasta el pueblo. El toque de las campanas de la iglesia libró al pastor de la furia de las lamias, las cuales tuvieron que alejarse, no sin antes haberle lanzado una maldición: siempre habría en su casa un tullido. Esta atribución a las lamias de yacimientos prehistóricos es frecuente en el País Vasco, por ejemplo en las cuevas paleolíticas de Aitzbitarte, Urtiaga, Olha, Isturitz, Santimamiñe, Lumentxa, Venta de Laperra, Ermittia, Silibranka o Bolinkoba. Otra leyenda habla de una gran señora que vivía y tejía en la cueva y que escondía en su moño monedas de oro.

Todos estos datos se publicaron en 1932, año en el que el padre J. M. de Barandiarán los dió a conocer en el Anuario de Eusko Folklore recogiendo los más adelante, en 1953, en su obra *El hombre prehistórico en el País Vasco*. Sin duda, el hecho de encontrar abundantes esqueletos en superficie llevaría a pensar que estos habrían sido víctimas de las lamias, tal como confirma el Padre Viana quien declaraba en el Diario de Navarra de 1974 que había recogido un millar de restos humanos en el «cenotafio» que él denominó «Amimizulo». Si a ello se suma el hecho de que en sus niveles superficiales aparecieran monedas del siglo V (hemos recogido más de 300 del Bajo Imperio Romano) (Utrilla y Redondo, 1979) es lógico que se unieran los dos hallazgos para suscitar las clásicas leyendas sobre lamias.

2. La excavación de los niveles calcolíticos

La excavación del yacimiento que ahora recogemos comenzó en 1976 y transcurrió en dos fases a lo largo de diez años no consecutivos. La primera fase comprendió cuatro campañas (de 1976 a 1979) que fueron dirigidas en solitario por P. Utrilla y publicadas en el n.º 3 de la serie de Trabajos de Arqueología Navarra (Utrilla, 1982). Afectó esta primera fase a la primera sala (bandas 1, 2 y 4; B, C, D y E), un lugar donde se recogieron la mayoría de los restos óseos humanos quemados del nivel b2 y, sobre ellos, una buena representación de esqueletos depositados sin quemar y sin estructuras aparentes (nivel b1), aunque acompañados de un rico ajuar a base de colgantes y puntas de flecha. Fue en esta fase cuando se determinó que las puntas de sílex de pedúnculo y aletas sólo aparecían en el nivel b1, el más alto de restos óseos no quemados, mientras que las puntas foliformes aparecían indistintamente en los niveles b1 y b2, pareciendo confirmar la secuencia entregada por la galería cubierta de la Boun Marcou (Martin Granel, 1959).

Tras nueve años sin actividad arqueológica y ante la amenaza de la construcción de una presa en la misma boca de la cueva con la consiguiente inundación

de la misma, tuvo lugar la segunda fase de las excavaciones, codirigiendo P. Utrilla y C. Mazo las seis campañas restantes (88, 91, 93, 94, 95 y 96).

La campaña de 1988 amplió por la periferia la zona excavada de la Sala 1 en la primera fase, afectando a los cuadros F, G, H e I de las bandas 1 y 2 y a las bandas 3 y 5 (cuadros C y D) lo que completaba la excavación del área de los muertos quemados y documentaba en este mismo lugar un nuevo sistema de enterramiento superpuesto: bajo cista de piedra.

Tras dos años de inactividad se reanudó la excavación en 1991 con dos campañas casi consecutivas (1991 y 1993) que supusieron la ampliación a la zona del pasillo 2 que comunica con la segunda sala. En 1991 se excavaron en el pasillo 2 las bandas 7 y 9 (cuadros B, C y D) y la banda A (cuadros 4, 2, 1 y 3) y en 1993 las bandas 11, 13, 15 (cuadros B, C y D). Además se actuó en la segunda sala, en la banda 25 y parte de la 27 (27D) en 1991 y en la 23 y parte de la 21 en 1993. Por último, en 1994, 1995 y 1996 se excavaron las bandas intermedias de la segunda sala (17, 19 y resto de la 21) y se penetró hacia el interior de la cueva en las bandas 27 a 35.

En estas campañas de los años noventa, en especial en 1991 y 1993, se documentaron la mayor parte de los enterramientos en fosa que luego describiremos. Un avance de los resultados de las distintas campañas puede verse en Utrilla y Mazo (1992 y 1994) y en Mazo y Utrilla (1996), y una primera síntesis de los rituales de enterramiento en Utrilla, Mazo y Lorenzo (2007).

En todas estas campañas se contó con el trabajo entusiasta de alumnos de Prehistoria de las Universidades de Zaragoza, Rioja, UPV y Navarra, con algún excavador «VIP» (I. Barandiarán), colaboradores de prestigio (H. Lavielle, M. Hoyos, J. Rink) y alguna participación internacional, como la de N. Cazals, procedente de la Sorbona, quien excavó duramente en la campaña de 1993 y utilizó materiales de Abauntz para su Tesis Doctoral. Muchos de aquellos alumnos o licenciados son hoy profesores e investigadores en varias Universidades (C. González Sainz, A. Cava, A. Alday, J. M. Rodanés, L. Montes, V. Escribano, J. Fernández Eraso, J.A. Cuchi, C. Pérez Arrondo, R. Domingo, M. Yusta); o son investigadores del CSIC (V. Orera, P. González, J. A. Zamora); o profesores de Secundaria (X. Larrañaga, M. Granados, M. J. de Val, G. Iturbe, P. Lucia, J. M. Gimeno, A. Arrugaeta) o se ocupan de la conservación del Patrimonio en Museos o Servicios de Arqueología (J. J. Enríquez Navascués, J. García-Gazolaz, I. Lorenzo, J. Rey, N. Ramón). Una de aquellas alumnas, M. C. Sopena, ha sido la dibujante de casi todas las figuras que aquí presentamos. A todos ellos, y a muchos más cuya pista hemos perdido, debemos estos resultados.

3. Los avatares del estudio antropológico.

Resulta difícil saber cuántos muertos se depositaron en la cueva entre los casi 500 años que median entre 4370 ± 70 BP y 3900 ± 35 BP, las dos fechas extremas de las 5 que poseemos sobre estos enterramientos. Desconocemos dónde se hallan los restos exhumados por J.M. de Barandiarán, quizá en algún Museo del Seminario. Algunos recogidos por el Padre Viana se encuentran depositados en el Museo de Pamplona. Los procedentes de nuestra excavación han seguido diversos avatares en busca de un antropólogo que los estudiara y por ello se hallan concentrados en tres lugares:

- Las cuatro primeras campañas fueron enviadas en 1979 a Granada para que fueran estudiados por Miguel Botella y hoy todavía están depositados en el Museo de la Alhambra a pesar de las múltiples cartas en las que se ha reclamado su devolución. Un escueto informe de Botella nos indicó que había un mínimo de 30 individuos, todos ellos de tipo mediterráneo, salvo una mujer pirenaico-occidental. Un estudio realizado por Trinidad Escuriza para su Tesis de Licenciatura no ha llegado hasta nosotros, a pesar de la gran labor de reconstrucción que realizó con los restos muy fragmentados. Los huesos quemados del nivel b2 se conservan en el Museo de Navarra.
- Los restos aparecidos en las tres campañas siguientes (1988, 1991 y 1993) fueron llevados a la Facultad de Geológicas de la Universidad de Zaragoza para su estudio por parte de Ignacio Lorenzo en su Tesis Doctoral. Más tarde, se trasladaron al almacén de restos humanos que el Gobierno de Aragón posee en la antigua Universidad Laboral de Zaragoza, donde se conservan con conocimiento del Museo de Navarra. En este grupo se encuentran muertos replegados y depositados en fosa como «Carlos» (3C), «Alberto» (1A), «Francesco» (21D) o «Iratxe», muertos bajo cista de piedra, como «Nuria» o «Javier» (en los cuadros 3C y 5C) o enmarcados entre la pared y piedras verticales, como «Salvador» (4B) o «Chus» (2A) y muertos simplemente depositados como «Kimby» (en 25D). Todos estos restos fueron estudiados por Lorenzo y sus medidas fueron incluidas de modo global en su Tesis Doctoral sobre los restos humanos prehistóricos del valle Medio del Ebro (Lorenzo, 1994). A él se deben las determinaciones de sexo y edad que aportamos en este artículo. Llamó su atención el gran dimorfismo sexual que existía entre los individuos, la presencia de gingivitis y mucho sarro en las mandíbulas y la existencia de fracturas consolidadas en los brazos, con infecciones osteomielíticas en varios adultos masculinos. A este lote pertenece también el cráneo lesionado que ahora

presentamos hallado en el nivel revuelto del pasillo de entrada.

- Los aparecidos en las tres últimas campañas (1994, 1995 y 1996) se conservan en el Museo de Navarra, a la espera de que algún antropólogo se decida a realizar el estudio completo. Todos los restos pertenecen a los cuadros finales de la Segunda Sala (bandas 21 a 35). Parecen simplemente depositados en el suelo y algunos presentan cierta conexión anatómica. Son los denominados «Marta», «Coke», «David», «Domingo», «Alfonso» o «Pilar». Fueron objeto de una rápida revisión en 1997 por parte de D. Turbón y D. Campillo quienes entregaron un informe de 5 páginas y tomaron 21 muestras de dientes para realizar un análisis genético sobre ellos. Éste ha sido llevado a cabo por Eva Fernández en su Tesis Doctoral sobre Polimorfismos de DNA mitocondrial (Fernández, 2005) determinando en tres individuos el haplogrupo H, común en Eurasia Occidental. Este haplogrupo H tendría un supuesto origen antiguo, en el Paleolítico Superior, si bien se documenta también la presencia del haplogrupo Y, común en Eurasia oriental, y del haplogrupo J, asociado en teoría a la expansión demica del Neolítico a partir del Próximo Oriente. Además determinó, en un caso claro y dos dudosos, un haplotipo emparentado con linajes subsaharianos, dato que se documenta también en tres individuos procedentes del sepulcro navarro de Tres Montes, aunque estos ejemplos africanos están siendo sometidos a terceros análisis de confirmación.

En cuanto al informe de Turbón y Campillo (1997) sobre restos aparecidos en 1994 destacamos que existen señales claras en algunos húmeros y radios de haber realizado un gran trabajo muscular, la existencia de fracturas de extremidades en vida, tal como señaló Lorenzo en otros restos y la presencia de faceta anterior en la tibia producto del uso continuado de la posición en cuclillas, la llamada «faceta oriental» que también determinó Botella en los ejemplares que se conservan en Granada.

La última antropóloga que ha examinado restos de Abautz, la navarra M.^a Paz de Miguel, nos ha informado de que los huesos quemados no forman parte de un ritual de cremación pues ningún fragmento presenta evidencias de haber sido quemado como cadáver fresco, lo que confirma nuestra tesis de que fueron quemados *a posteriori*, quizá por los últimos enterradores para higienizar el lugar.

Quedan todavía muchos restos humanos en la cueva de Abautz, restos que decidimos que descansarían en paz cuando se suspendió la amenaza de la construcción del embalse. Unas 20 bandas (de la 37 a la 77), con unos 3 metros transversales cada una, que-

dan todavía sin excavar, entregando una superficie potencialmente excavable de unos 60 m². Sin duda que toda ella estará sembrada de restos humanos ya que una pequeña cata realizada en la primera fase de las excavaciones en la banda 73 de la tercera sala, la más profunda, entregó abundantes restos en buen estado de conservación.

4. Rituales funerarios: ubicación en la cueva y evolución cronológica

El tema de los rituales funerarios lo hemos tratado ya en dos publicaciones anteriores: muy brevemente en Trabajos de Arqueología Navarra 11 (Utrilla y Mazo, 1993-94) y, con mayor extensión, en el catálogo de la Exposición «La tierra te sea leve» (Utrilla, Mazo y Lorenzo, 2007). No obstante, debemos advertir que casi todos los restos humanos se hallaban bastante alterados por remociones posteriores, tanto por los romanos que enterraron allí sus tesorillos, como por los visitantes más recientes de la cueva. De más antiguo a más reciente encontramos la siguiente tipología:

a) Enterramientos en fosa: 4370 ± 70 BP

Aparecen tanto en enterramientos individuales (8 casos claros; de ellos 4 mujeres, 3 varones y 1 niño), como en dobles (7 casos), pudiendo asociarse tanto dos varones (2 casos) como mujer + varón (5), siendo en algún caso mujer adulta + adolescente (11C) Pueden aparecer también fosas múltiples, como la detectada en 3C que contenía restos de 8 individuos (4 varones, 2 mujeres y 2 niños) (Fig. 1). Se ubican principalmente en la zona del pasillo 2, en la segunda sala y en zonas periféricas de la primera, aunque varias de ellas están alteradas por pozos romanos. La distribución espacial por sexos parece aleatoria, con una cierta preferencia por las tumbas individuales de mujeres (4 casos) en el centro del pasillo (bandas 11, 13 y 15).

El mejor ejemplo conservado de fosa calcolítica lo encontramos en 1991 en la intersección de los cuadros 1A y 2A, en un individuo al que bautizamos como «Alberto¹». Se trataba de un varón de 1,69 m. de alto de unos 50 años de edad replegado en el interior de una fosa en posición vertical, aflorando primero su columna vertebral y apareciendo sus pies y piernas en la parte más profunda. Estaba afectado de gingivitis. La fosa medía 55 cm de diámetro por 55 cm de profundidad, alcanzando la cota de 2,10 m. en su base. Se hallaba cubierta por restos esqueléticos reelaborados quemados (entre los que se identifican varios fragmentos correspondientes a un cráneo femenino de

¹ Los alumnos dieron su nombre a los muertos por ellos encontrados intentando elegir aquel de la pareja de excavadores que aparentemente más se adaptara al posible sexo del muerto.

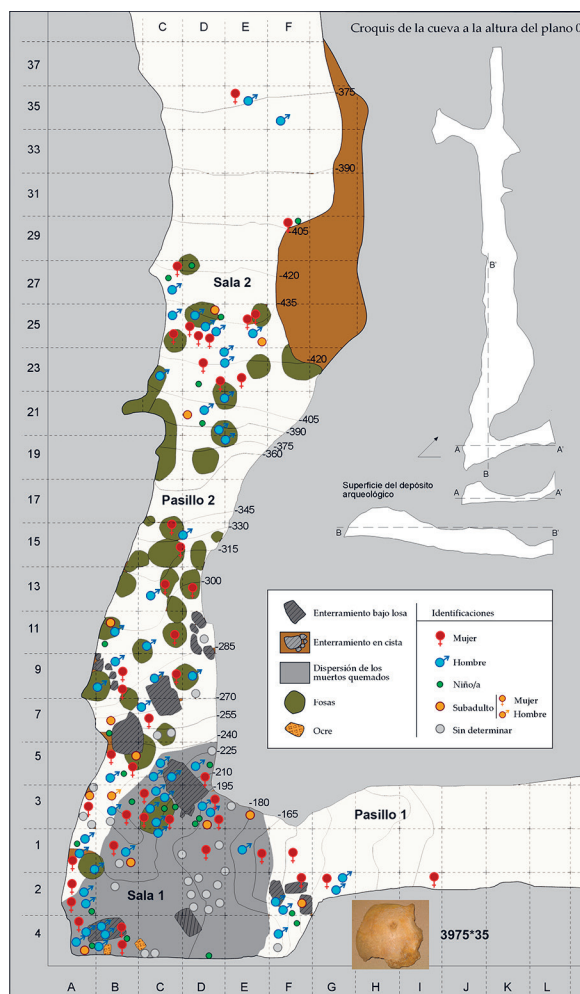


Figura 1. Planta de la cueva de Abautz con indicación de las estructuras (fosas, lajas de piedra) y los restos humanos determinados.

60/65 años) o sin quemar (un varón de 45 años). Restos de esqueletos quemados aparecían también en la base de la fosa, quedando el de «Alberto» intercalado entre ellos.

Como ajuar portaba dos espátulas cruzadas a la altura de su cadera, una de ellas de la tipología habitual, apuntada en un extremo y roma en el otro. Sin embargo, la segunda presentaba una forma única en la cueva, un largo y estrecho pedúnculo, que recuerda en hueso modelos en cobre de puntas Palmella. Otros objetos se hallaron en la fosa: algunas cerámicas espátuladas lisas, una punta foliforme alargada y una cuenta de tonelete de piedra, idéntica a otra aparecida en el cuadro 1B que quizá pertenezca al mismo ajuar (Fig. 2).

Similar posición pudo haber tenido el muerto «Carlos» hallado en 1988 en el interior de una profunda fosa practicada en el cuadro 1C/3C, que alcanzaba el nivel solutrense, a una cota de 2,05 m. de profundidad.

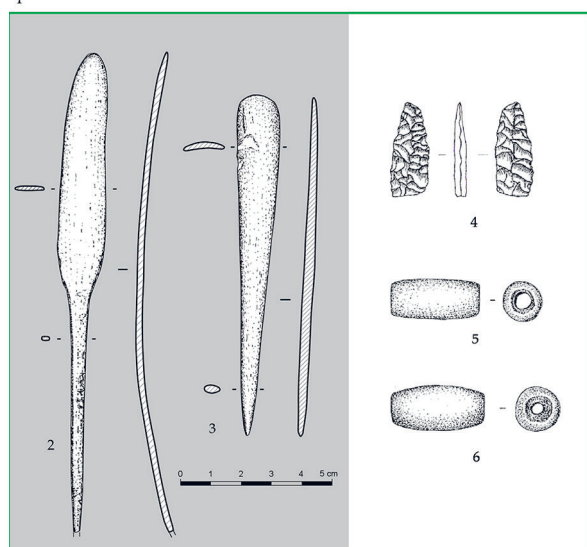
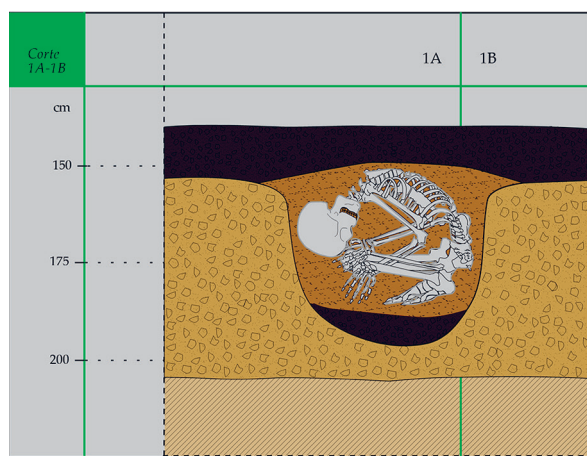


Figura 2. Reconstrucción del enterramiento en fosa de «Alberto» con ajuar de espátulas, punta de flecha y adornos.

A pesar de que se hallaba mucho más alterado en su conexión anatómica, la secuencia de aparición de sus huesos (claviculas, omoplatos y húmeros más altos que fémures y éstos más que tibias) parecen indicar la misma posición, vertical y replegada, que el citado «Alberto». Se trata de un individuo masculino inmaduro, de 16-17 años, a juzgar por su fémur izquierdo, su tibia, el sacro y el coxal izquierdo. Se hallaba acompañado de una larga y bella espátula de 16,6 cm y una punta de flecha foliácea que tanto pudiera ser calcolítica como proceder del nivel solutrense (sería una hoja de sauce) a cuya costa se practicó la fosa (Fig. 3). Fue datado en 4370 ± 70 BP.

Otro enterramiento individual en fosa, cuya posición es posible reconocer a pesar de las alteraciones posteriores, fue hallado en la intersección de los cuadros 19C/19D y 21C/21D. Se trataba de un varón, «Francesco», de 40/45 años, con mandíbula afectada de gingivitis expulsiva tal como ocurría con «Alberto».

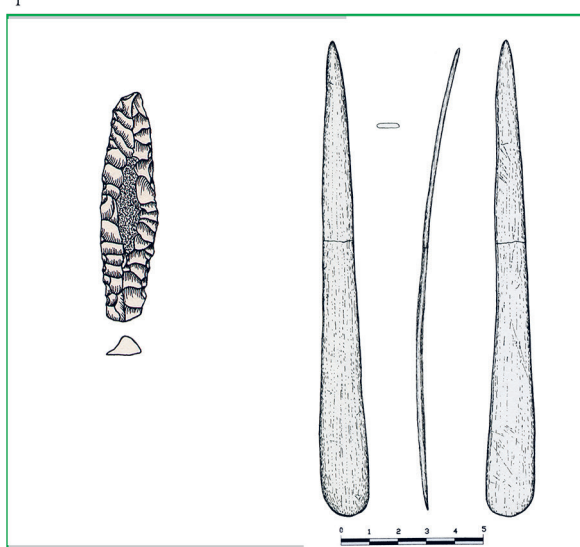
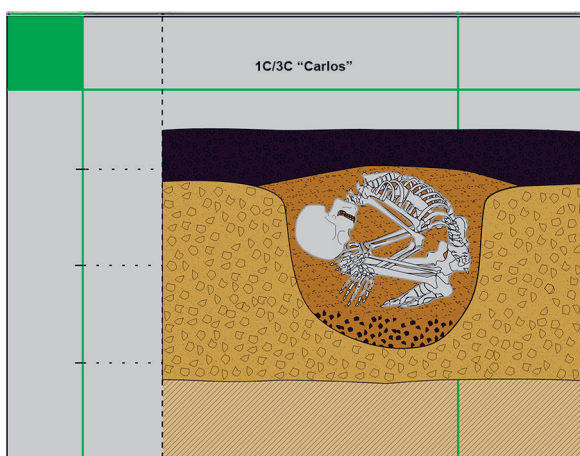


Figura 3. Reconstrucción del enterramiento en fosa de «Carlos» y el ajuar que le acompañaba.

Su posición en la fosa es inversa a la entregada por los dos muertos anteriores: primero aparecieron las piernas (tibias, rótulas, fémures paralelos en aceptable conexión anatómica) junto con el cráneo y, más abajo, se hallaron un cúbito, un radio y las dos clavículas (Fig. 4).

Entregó como ajuar una gran espátula curva de 22 cm, roma en sus dos extremos, fabricada sobre pectúnculo, y ubicada también en la zona contigua a la cadera. Aparecieron además otra espátula apuntada y dos puntas foliáceas, una de ellas fragmentada. Una segunda mandíbula, también de varón de unos 50 años apareció en la misma fosa, muy alterada por remociones de época romana.

Otros enterramientos en fosa se hallan más alterados no siendo posible reconocer la postura del muerto: por ejemplo, una fosa en el cuadro 11 C donde una mujer, «Iratxe», de 30 a 40 años estaba acompañada de un joven de 15 años. Dos espátulas aparecieron en el interior de la fosa. En un cuadro contiguo, el 9B,

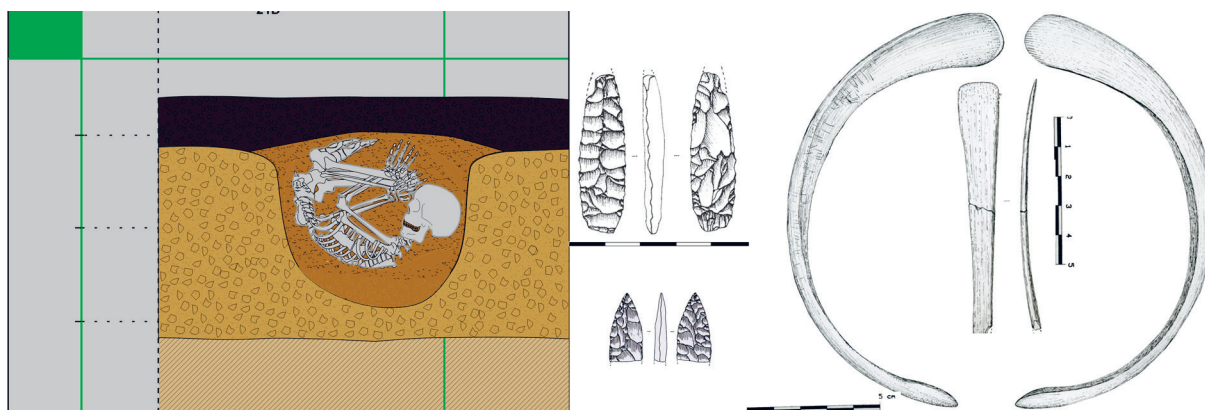


Figura 4. Reconstrucción del enterramiento en fosa de «Francesco» y el ajuar que le acompañaba.

apareció un cráneo a 2,25 m. de profundidad en el interior de un hoyo («Sergio»).

Examinado en conjunto el ajuar que acompañaba a los enterramientos en fosa, se observan 2 datos comunes:

1. Aparecen acompañados de una o dos espátulas de hueso. En los dos casos que ha sido posible determinar su posición estaban ubicadas en la cadera, junto a la parte proximal del fémur, como si sirvieran para sujetar la ropa.

2. Existen también siempre una o dos puntas de flecha foliformes, nunca de pedúnculo y aletas. Pueden aparecer algunas cuentas de collar de tonelete, en piedra, pero no en todos los muertos.

Si nos centramos en la tipología de la tumba retenemos como norma habitual:

1. El exiguo tamaño de la fosa, con 55 cm de diámetro por 55 de profundidad.

2. La necesaria posición replegada del cadáver que puede aparecer tanto con la espalda hacia arriba y las piernas hacia abajo (caso de «Alberto» y «Carlos») como descansando sobre su espalda con las piernas hacia arriba (caso de «Francesco»).

b) Muertos quemados del nivel b2: 4240 ± 140 BP

Se hallaron depositados en la primera sala, ocupando una superficie continua de 16 m² (Fig. 1). La cremación no formó parte del ritual de enterramiento ya que, tal como ya se ha señalado, no fueron quemados en fresco sino *a posteriori*, quizá con la intención de higienizar el lugar antes de proceder a una nueva deposición de cadáveres. Los huesos quemados se superponían en algún caso a los muertos enterrados en fosa («Alberto»), si bien algunos restos calcinados aparecieron en la base de la fosa, pudiendo haber caído al fondo por infiltración.

En su entorno (3B) se localizaron los restos quemados de «Astrid», una mujer de entre 25 y 35 años, que presentaba el cráneo quemado y troceado en

grandes fragmentos y acompañado de una gran cuenta de tonelete alargada. Junto al cráneo apareció una mandíbula con un gran punzón de hueso en posición vertical que parecía perforar la papada.

En el mismo cuadro 3B se determinaron restos de otros individuos de edades muy variadas: un subadulto masculino de 12 a 16 años, un adulto viejo de 60 años y el radio de un recién nacido. En el cuadro contiguo (3A) apareció una hemimandíbula de una mujer de 19-23 años y restos de un subadulto de 15 a 17. En el cuadro 4B los muertos quemados se concentraban bajo una gran losa de piedra.

En general, los muertos quemados presentaban un ajuar a base de puntas de flecha exclusivamente foliformes, muchas craqueladas por el fuego, y algunas cuentas de collar como una gran cuenta de piedra verde, quizá de calaíta, y la citada de tonelete. La industria ósea apenas se conservó, con la excepción del punzón que acompañaba a la mandíbula de «Astrid».

Dado que los muertos en fosa han sido datados en 4370 ± 70 BP (CSIC 785), puede defenderse prácticamente la inmediatez de la quema de muertos, datados en 4240 ± 140BP (Ly-1963), una fecha algo posterior pero con una horquilla que permite la superposición de ambas.

c) Enterramiento bajo losas, en posible cista de piedra: 4025 ± 35 BP

El caso más claro se documentó en los cuadros 3C/5C/3D/5D durante las campañas de 1979 y 1988. En la primera aparecieron bloques de piedra hincados calzados por piedras y en la segunda se documentó una gran losa de arenisca apoyada sobre ellos que servía de tapa horizontal a los muertos. Mide 118×53×13 cm y su contorno superior recuerda el perfil de un mamut mientras que el inferior presenta ángulos rectos. En cuanto a su procedencia, el guarda forestal nos informó, que estas piedras se obtienen del paraje denominado «Losadi», situado a 4 km de la

cueva en dirección a Velate, un dato confirmado por el geólogo Manuel Hoyos quien señaló su procedencia externa. El hecho de acarrear 4 km y, sobre todo, el subir la inmensa losa hasta la boca de la cueva (en una ascensión totalmente vertical y con suelo siempre húmedo) supone un gran esfuerzo colectivo que denota la existencia de una necesaria sociedad jerarquizada.

Muchos restos humanos se hallaban tapados parcialmente por la losa, como mínimo 8 varones, 5 mujeres y 4 niños. En el cuadro 3D (zona de «Nuria») se documentaron dos varones adultos (uno de 165 cm de altura), dos mujeres, una de 17/18 años y otra de 25/30, y dos niños, uno de 8 años y otro de 10/12. Uno de estos muertos presentaba una aceptable conexión anatómica con todas sus vértebras y costillas seguidas del hueso coxal. Por debajo de las costillas se hallaron la tibia y el peroné por lo que, de nuevo, estaríamos ante una posición replegada aunque pudo estar depositado de lado. Se dató en 4025 ± 35 . Por tanto, estaríamos ante un tipo de enterramiento posterior a la cremación, tal como indica su fecha de radiocarbono, 200 años más joven que el ejemplo de los muertos quemados.

En el cuadro 3C (zona de «Javier») aparecieron dos varones adultos de entre 30 y 50 años, una mujer de más de 30 años, un varón de 17, un niño de 4 años, otro de 12/13 y una mujer de 18/21. Entre los varones adultos destaca el cadáver de «Javier», el mejor conservado en su posición anatómica: aparecen todas sus vértebras alineadas junto con sus costillas, las dos clavículas, los húmeros y cúbitos y radios. Presentaba su brazo derecho fracturado (en su húmero y cúbito) y luego consolidado, sin reducción de la fractura, además de presentar una infección osteomielítica. La tibia y el peroné se ubican a la derecha del tórax en una posición replegada, quedando los dos calcáneos en la zona de las clavículas, como si el individuo se hubiera depositado replegado en posición fetal forzada. Un maxilar permite asignarle una edad entre 45 y 55 años pero el cráneo, quizá fracturado por el peso de la losa, no fue localizado (Fig. 5).

No documentamos ajuar significativo en todo el paquete de individuos ubicados bajo la losa, salvo un par de puntas de flecha, craqueladas por el fuego, que debieron pertenecer a los muertos quemados que aparecían por debajo de los enterrados bajo losa. También se encontró en la zona del individuo «Javier» una espátula y dos punzones pero sin ser clara su asociación.

Otras dos losas, paralelas y calzadas con cuñas, se hallaron en los cuadros 5B/7B y 7C/9C. La losa plana de 7C/9C medía $103 \times 65 \times 40$ cm y la de 7C/7B, algo menor y partida, medía $90 \times 70 \times 40$ (véase el plano de la figura 1). En el interior del cuadro 9C apareció una gran fosa, con una gran espátula curva y roma, una

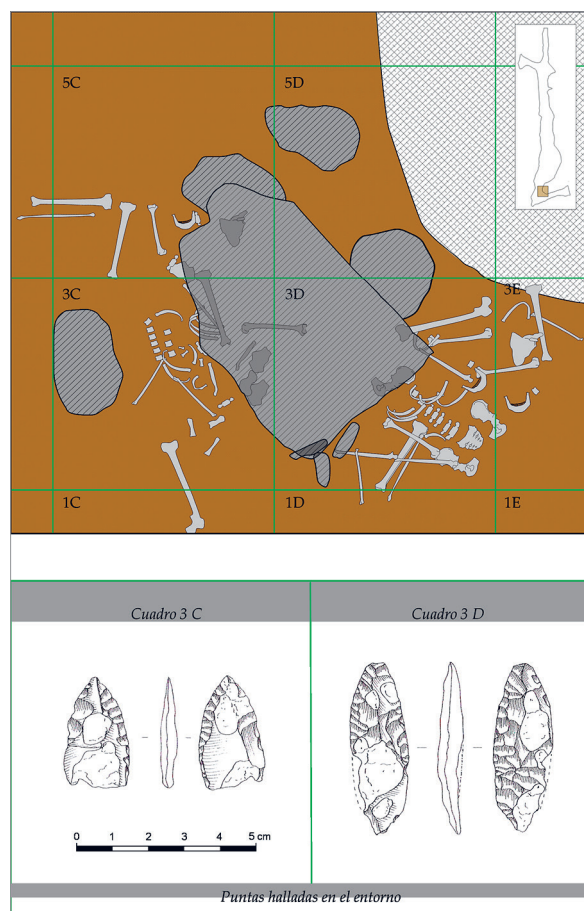


Figura 5. Ejemplo de enterramientos bajo lajas de piedra. Dispersión de los restos en 3C (grupo de «Javier») y 3D (grupo de «Nuria»).

punta foliácea de buen tamaño y restos muy fragmentados de una mujer (cráneo, vértebras dorsales, falanges de mano, metatarso). Fuera de la fosa se halló en 9C y en nivel revuelto una mandíbula derecha masculina de 36 años, un coxal de 17/19 años y un 2.º molar superior de mujer adulta de 30 años. Todo se hallaba mezclado con material romano por lo que el conjunto se hallaba muy alterado.

Otros posibles enterramientos junto a losas de piedra se documentaron en el cuadro 4B. Un varón adulto llamado «Salvador» se hallaba depositado entre una losa plana por un lado y la pared de la cueva por otro, las cuales delimitaban y protegían el enterramiento. Sus brazos aparecían doblados hacia su cráneo, estando éste asociado a dos piedras: una teñida de ocre amarillo y otra tintada de ocre rojo. Presentaba fracturas de húmero y de radio, soldadas en vida. No se localizaron las piernas pero sí se hallaron restos quemados de fémur y de tibia, lo que, de pertenecer al mismo individuo (algo difícil de detectar por la quema de los restos), vincularía este cadáver también al grupo de restos esqueléticos quemados. En este caso la exis-

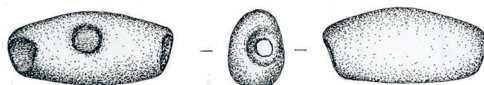


Figura 6. Cráneo del niño «Víctor» hallado en 4D con el posible silbato que apareció en el interior de la órbita de su ojo derecho.

tencia de la losa habría salvado de la quema la parte anterior del cadáver, pero ello haría presuponer que el individuo protegido por la losa es anterior a la quema del cadáver. Nada impide, por otra parte, presuponer que hubiera varios momentos de higienización por combustión en la zona (Fig. 6).

Se encontraron además en el entorno de «Salvador» restos de otros dos varones, de dos mujeres de más de 25 años, de un joven de 15 a 17 años y de un niño de 5 a 7.

En general, la posición de los muertos, allí donde ha sido posible determinarlo, es de decúbito lateral con piernas flexionadas, en una posición no tan contraída como con los muertos enterrados en fosa.

d) Muertos depositados en la cueva sin estructuras visibles: 3975 ± 35 y 3900 ± 35 BP

Debieron ocupar toda la superficie disponible de la cueva ya que los encontramos bien datados tanto a la entrada (cuadro 2F: 3975 ± 35) como en el centro de la segunda sala («Kimby» en 25D: 3900 ± 35) como en la tercera (47E, sin datación). Constituyen el último momento de enterramiento no sólo por sus fechas radiocarbónicas, más recientes, sino por su posición estratigráfica, ya que en la primera sala se superponen claramente a los muertos quemados. De este modo, si nos atenemos a las dos fechas que poseemos, parece que la deposición de cadáveres es más reciente cuan-

to más nos adentramos en la cueva. Por otra parte, las fechas están muy próximas a las obtenidas en el tercer grupo, los muertos asociados a losas de piedra.

Respecto a los dos primeros grupos (en fosa y muertos quemados) parecen existir diferencias tanto en su posición, mucho menos replegada e incluso en decúbito supino, como en su ajuar, al incorporar puntas de pedúnculo y aletas en los cuadros de la primera sala (4C, 4E, 2E), un tipo que está ausente en los tres grupos anteriores. Al mismo tiempo destaca la presencia de colmillos de jabalí adaptados como colgantes exclusivamente en la primera sala (2D, 1D, 3D, 2A).

En esta zona el antropólogo granadino Miguel Bottella reconoció 30 individuos aparecidos durante las campañas de 1976 a 1979. Llamen la atención las 8 mandíbulas humanas encontradas en el cuadro 2D, acompañadas de un largo punzón de hueso, un colmillo de jabalí (hay dos más en los cuadros contiguos) y 458 cuentas de collar discoides en hueso o piedra (600 si computamos las dispersas del entorno).

Tres de sus correspondientes cráneos parecen haber rodado hasta la pared debido al buzamiento del nivel, dos en el cuadro 4C y un tercero en el 4D, un niño «Víctor», que portaba en su órbita derecha un colgante negro, posiblemente de azabache, y con perforación en forma de «T», a modo de silbato, idéntico a otro, también de azabache, hallado en la cueva de Ereñuko-Arizti mezclado, como en Abautz, con materiales del Bajo Imperio romano (Apéllaniz, 1973, 48, fig. 30.8) (Fig. 7).

No obstante, cinco silbatos en forma de T, en piedra dura y de mucho mayor tamaño se documentan en época calcolítica en el dolmen navarro de Aizibita (Bequiristain y Velaz, 1998) donde se ha comprobado experimentalmente su función como silbato. Este dolmen es famoso por haber entregado un cráneo con grave lesión que sobrevivió a la agresión, tal como ocurrió también con el individuo de Abautz. Sus puntas de flecha, todas de pedúnculo y aletas, parecen relacionarlo con el último momento de deposición de muertos de Abautz.

Quizá pertenezca el cráneo de «Víctor», excavado en 1979 por la hoy catedrática de Historia Antigua Victoria Escribano, a uno de los dos individuos infantiles hallados en 1988 en el cuadro 2F. Uno de ellos apareció bastante completo en su esqueleto, conservando su mandíbula, pero al que le faltaba el cráneo: 3 lajas de 50 cm cada una cubrían los restos de dos niños de 7 años cuyos huesos presentaban una pátina más fresca que los del conjunto de la cueva.

En la misma campaña de 1988 se halló en el reuelto del pasillo de entrada, en el cuadro 2F, el cráneo lesionado de un adulto que describiremos más adelante. Es en este grupo de restos esqueléticos sin quemar

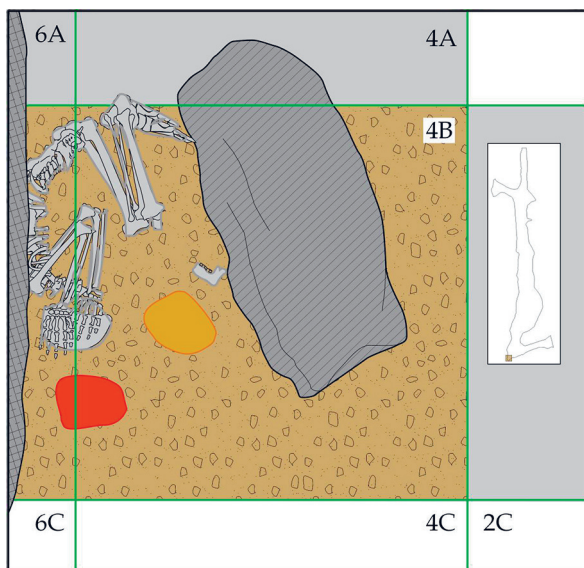


Figura 7. Reconstrucción de la posición de «Salvador» con los dos ocras en el entorno de su cabeza. La posición de las piernas se reconstruye por analogía a «Chus».

de la primera sala donde aparecieron las tres puntas citadas de pedúnculo y aletas.

Más información nos aportan los restos humanos hallados en la campaña de 1991 en la banda A ya que, al estar pegados a la pared, se hallaban menos alterados por las perforaciones romanas. El esqueleto de «Chus», hallado en el cuadro 2A en posición semianatómica, se encontraba tumbado de lado, con los brazos doblados hacia su cara y las piernas dobladas por sus rodillas, aunque mucho más extendidas que en los muertos en fosa (Fig. 8).

Dos piedras delimitaban o protegían su cráneo. En su entorno se localizaron muy variados adornos: una placa de hueso perforada, una vértebra pulida, dos colmillos de jabalí (uno con entalles para ser utilizado como colgante), una *Turritella* perforada y dos puntas de flecha foliáceas, una de ellas de bordes denticulados. Ni una sola espátula apareció con este momento de deposición de cadáveres, aunque, en conjunto, se observa una mayor riqueza de ajuar que en los anteriores.

Junto a él, en el cuadro 4A, se hallaron los restos de «Inma», una mujer de 45/50 años con el cráneo partido en 41 fragmentos de la que se conservan todos los huesos largos aunque es difícil establecer su posición salvo comprobar de nuevo que sus piernas estaban dobladas por la rodilla, ya que fémures, tibias y peronés aparecen juntos. Se encontró una cerámica impresa y acanalada asociada a ella.

Otro conjunto de cadáveres se halló en la segunda sala, en el cuadro 25D/25C, conocido como «grupo Kimby», tres mujeres y tres hombres hallados en nivel revuelto. Entre ellos, una mujer con artrosis de más de

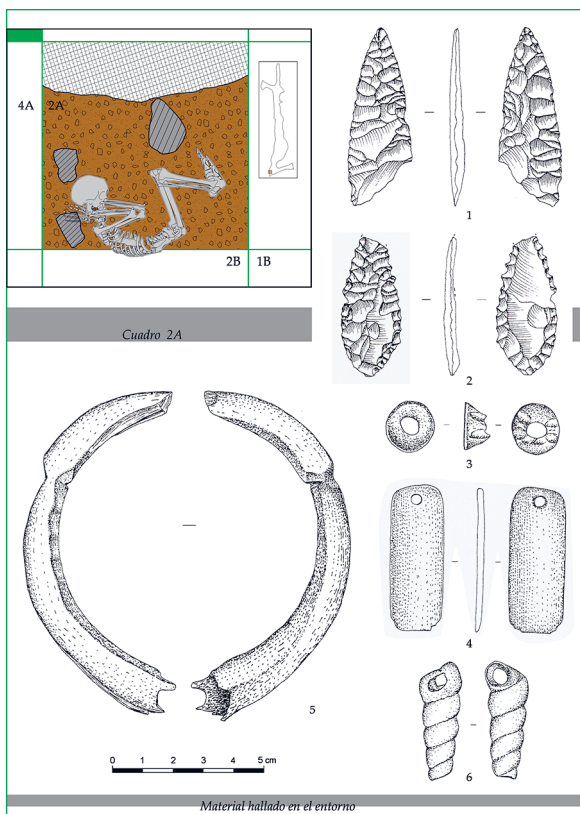


Figura 8. Ejemplo de muerto depositado en el suelo de la primera sala en la última fase: «Chus». Nótese la gran variedad de objetos de adorno que le acompañaban.

60 años, dos más de una pequeña talla, 152 y 157 cm de altura respectivamente, a juzgar por sus fémures. Una de estas mujeres, de 30/35 años, presentaba una mandíbula con gingivitis; la otra debió morir con 40 años a juzgar por su mandíbula. Un frontal de varón de 25-35 años presentaba un claro metopismo recesivo y otro de mujer adulta presentaba un fuerte saliente superciliar.

El único cadáver que presentaba una cierta conexión anatómica era un hombre de edad, «Kimby», con sus piernas fuertemente replegadas como si estuviera sentado sobre sus pies. El cráneo estaba separado del cuerpo como si su tórax estuviese extendido, aunque también podría pensarse que el cráneo ha rodado o que simplemente ha sido removido. Este individuo se dató en 3900 ± 35 BP, siendo por tanto el más reciente de todos los datados en la cueva.

Respecto al grupo de enterramientos hallados en el centro de la segunda sala (cuadros 35E y 35F) dos hombres y una mujer conocidos como «Coque», «Alfonso» y «Marta» hay que señalar que, cuando es posible determinar su posición (caso de «Alfonso»), se han depositado boca arriba en decúbito supino y con piernas moderadamente replegadas (Fig.9).

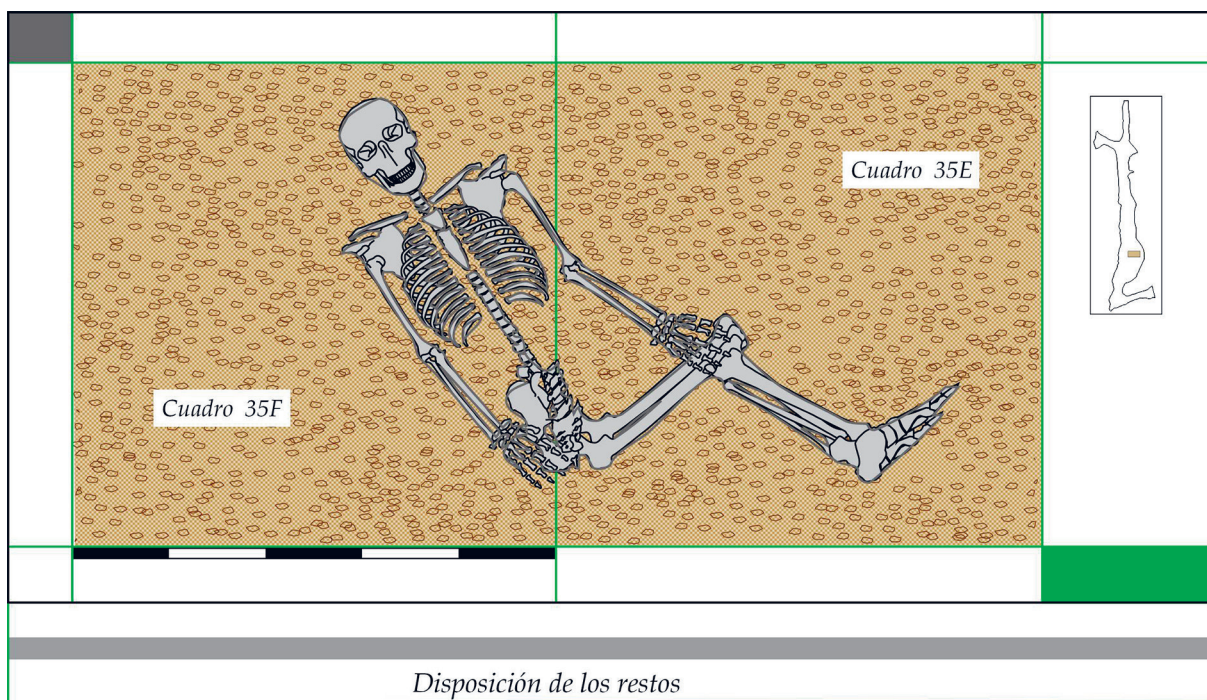


Figura 9. Reconstrucción del enterramiento de «Alfonso» en decúbito supino y con las piernas ligeramente replegadas.

Se trata de un varón adulto, sin llegar a maduro, que presenta una apófisis mastoidea de excepcional desarrollo según informe de Turbón y Campillo. Los otros dos cráneos son adultos sin llegar a maduros, es

decir, de menos de 40 años. El varón, «Coque», presentaba el cráneo de perfil mientras que «Marta» apareció en decúbito supino con el cráneo muy fragmentado (Fig. 10).

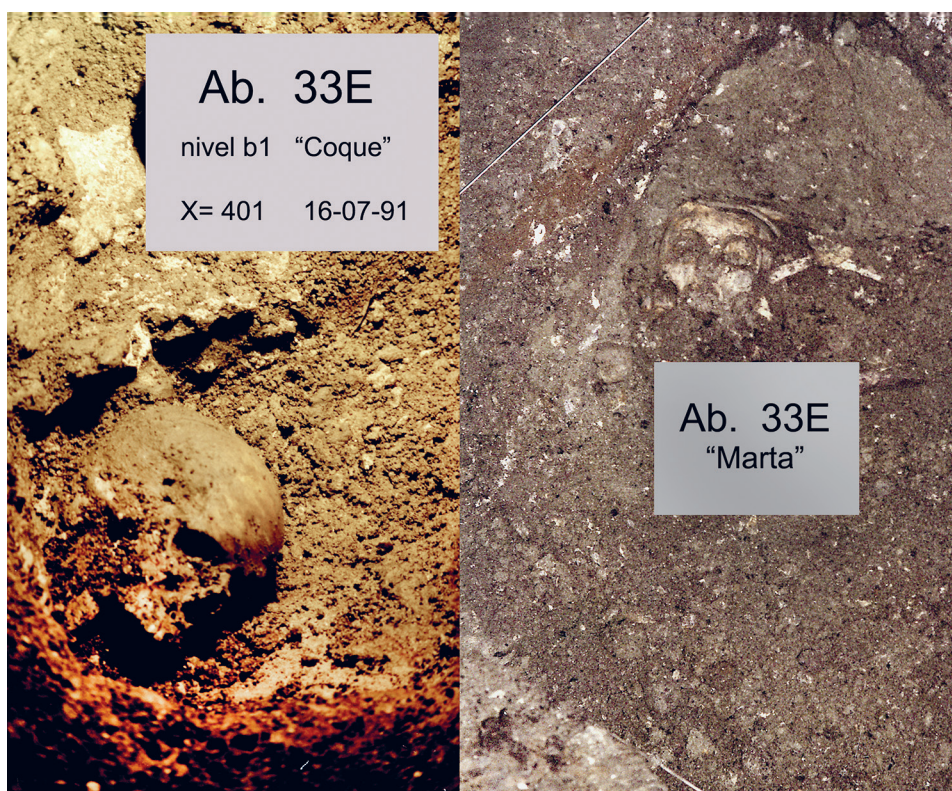


Figura 10. «Coque» y «Marta» se hallaron a los pies de «Alfonso» en el centro de la segunda sala.

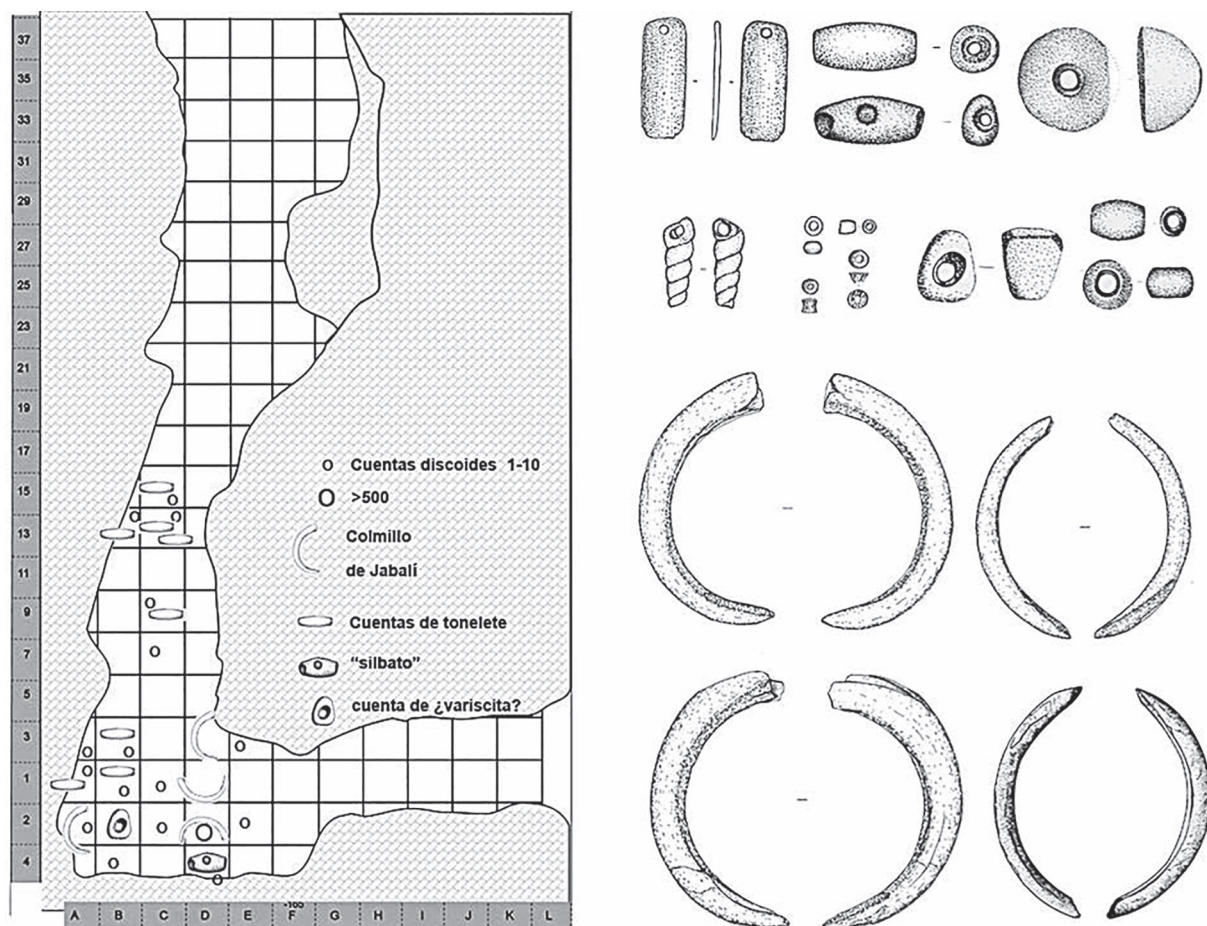


Figura 11. Extensión de los adornos: cuentas de collar y colmillos de jabalí.

Un fémur y una tibia, pertenecientes a una pierna no doblada, aparecieron junto al cráneo de «Coque». Ambos individuos se hallaban ubicados a los pies de «Alfonso».

Sólo se encontraron dos punzones de hueso en el entorno: uno sobre metapodio de sarrio junto al cráneo de «Alfonso» y otro sobre hueso de tejón cerca del cráneo femenino, junto con una bella punta de dorso tipo La Gravette. Sería conveniente datarlos directamente ya que el lugar se halla alterado con restos paleolíticos.

Los rasgos característicos de esta etapa serían los siguientes:

1. Existe una mayor variedad de posiciones en el ritual de enterramiento. Así encontramos enterramientos replegados de costado como «Chus», «Inma» o «Kimby» junto a otros más estirados, en decúbito supino, como «Alfonso» aunque sus piernas estén también flexionadas. Quizá este cambio de posición responda al momento más reciente de la deposición de cadáveres (3900 BP)

2. Proliferan mucho más los ajueres a base de adornos con cuentas de collar de variadas tipologías.

Éstos se concentran principalmente en la primera sala y comienzo del pasillo 2 (Fig. 11).

3. Aparecen ahora colgantes sobre dientes de jabalí, aunque sólo en los cuadros de la primera sala.

4. No existen las espátulas que tan abundantes aparecían en los antiguos enterramientos en fosa. En cambio, proliferan magníficos punzones sobre metapodio, ya a lo largo de toda la extensión de la cueva (Figs. 12, 13 y 14).

5. Continúan apareciendo puntas foliformes, romboidales y de base convexa, pero ahora aparecen además las puntas de pedúnculo y aletas, aunque sólo en los cuadros de la primera sala (Fig. 15). Cabría pensar entonces que la innovación de los nuevos tipos con aletas se produce a comienzos del IV milenio BP.

Los datos de laboratorio, tipo de muestra y calibración de las cinco fechas obtenidas pueden verse en la tabla 1.

Visto en su conjunto, señalaremos que no existe diferencia alguna respecto a la talla de los individuos enterrados a lo largo de las distintas etapas o rituales. Según la tabla de Trotter y Gleser tenemos 4 varones adultos con estaturas entre 158 y 169 cm (158, 164,

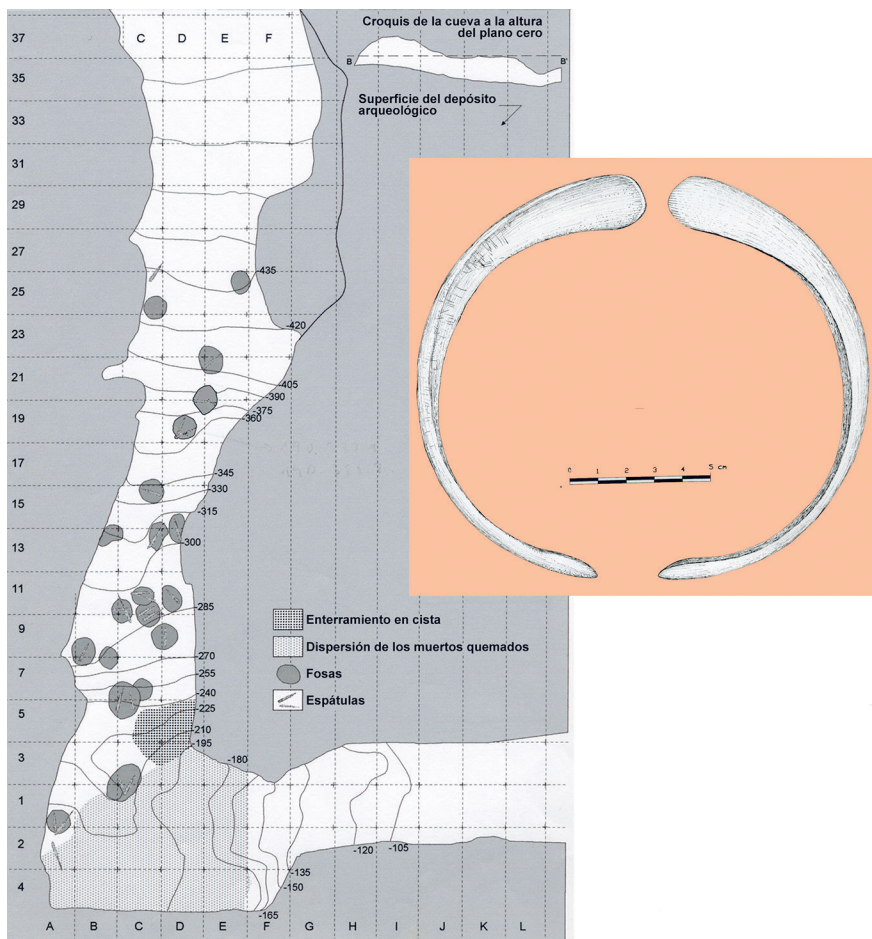


Figura 12. Extensión en planta de las espátulas y las fosas. Junto a ellas la única espátula curva.

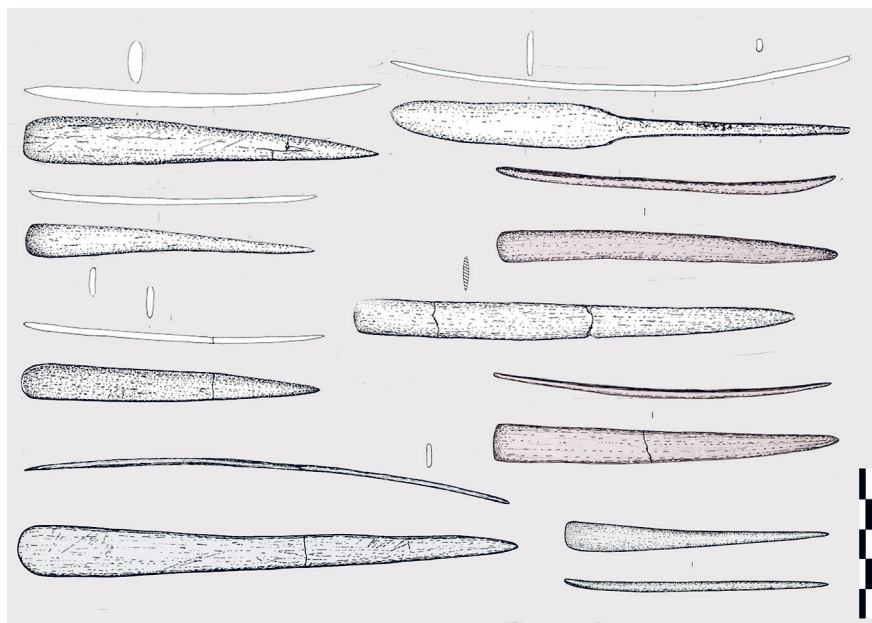


Figura 13. Espátulas halladas en su mayoría en el interior de las fosas.

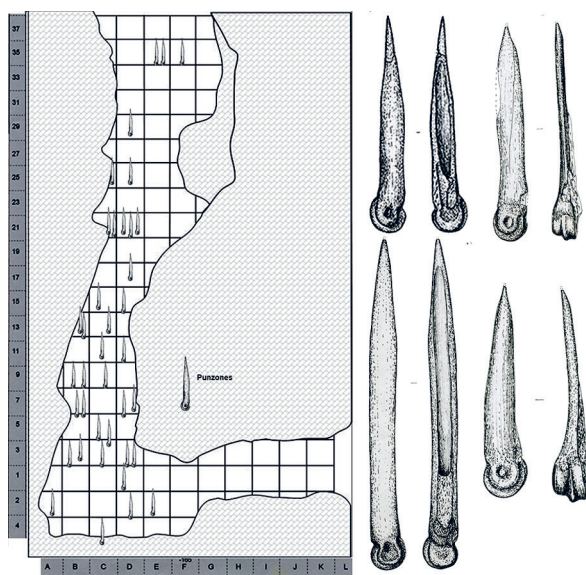


Figura 14. Punzones de hueso. Extensión y algunos ejemplares.

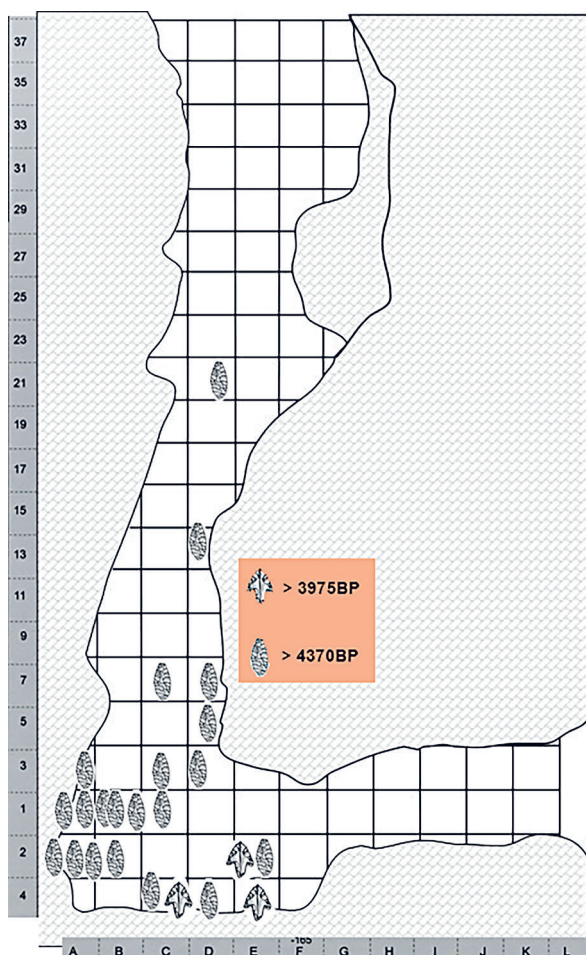


Figura 15. Extensión de las puntas de flecha y evolución tipológica.

	C14	Cal. BP.	Muestra	Cuadro	Nivel
Ly-1963	4240 ±140	4800 ±200	Carbón	4C	b2
CSIC-785	4370 ±70	5010 ±120	Hueso	1C/3C	b1
GrA-37323	3900 ±35	4460±50	Hueso	25D	b1
GrA-37322	3975 ±35	4340± 60	Hueso	2F	rev
GrA-37325	4025 ±35	4490 ±50	Hueso	5D	b1

Tabla 1. Fechas calibradas. CalPal 2007 Hulu.

165 y 169 cm) y dos mujeres adultas que median 152 y 157 cm respectivamente. Una talla, en conjunto, bastante baja.

En cuanto a la distribución por sexos tampoco existen diferencias apreciables ya que se han identificado 47 restos masculinos, 41 femeninos y 19 indeterminados por inmaduros. De ellos, el reparto por edades es el siguiente:

Edad	Varón	Mujer	Indeterminado	Total
0-5	1		3	4
5-10	7		4	11
10-15	5	1	3	9
15-20	8	10	9	27
20-25	1	3		4
25-30	2	10		12
30-35	3	7		10
35-40	2	3		5
40-45	6	4	1	11
45-50	8	1		9
50-55	3			3
60-65	1	2		3
Total	47	41		108

Tabla 2. Distribución por edades y sexos.

La pirámide de edad permite observar una mayor incidencia de mortalidad en juveniles de ambos sexos, entre 15 y 20 años, con un total de 27 individuos, algo habitual en poblaciones prehistóricas, y de mujeres entre 20 y 30 años, relacionado con complicaciones por sepsis puerperal. Llama también la atención la presencia de restos de tres personas de más de 60 años, muy viejas para la época.

En cuanto al reparto de ubicación en las dos salas y el pasillo por edades quizá pudiera resultar significativo que casi todos los jóvenes de entre 15 y 20 años se hallaron enterrados en la primera sala (sólo había dos restos indeterminados en la segunda), siendo mayor el peso en esta segunda sala de los adultos comprendidos entre 35 y 45 años (14 individuos de un total de 31).

Edad	Primera Sala	Segunda Sala	Pasillo	Total
0-5	3	1	0	4
5-10	7	3	1	11
10-15	8	1	0	9
15-20	19	2	5	27
20-25	1	2	1	4
25-30	6	4	2	12
30-35	5	1	4	10
35-40	0	4	2	5
40-45	4	6	1	11
45-50	4	5	0	9
50-55	2	1	0	3
60-65	2	1	0	3
Total	61	31	16	108

Tabla 3. Distribución espacial de los restos por edades.

Por último, en lo referente a la ubicación en la cueva por sexo, cabe resaltar una mayor presencia de mujeres jóvenes en la zona del pasillo y de varones adultos en la segunda sala, la más interior. Advertimos sin embargo que, aunque se han excluido del cómputo los restos que era claro que pertenecían al mismo individuo, los datos deben entenderse como una aproximación ya que, al no tener completas las colecciones, dispersas en al menos tres centros, no ha podido establecerse con seguridad el NMI.

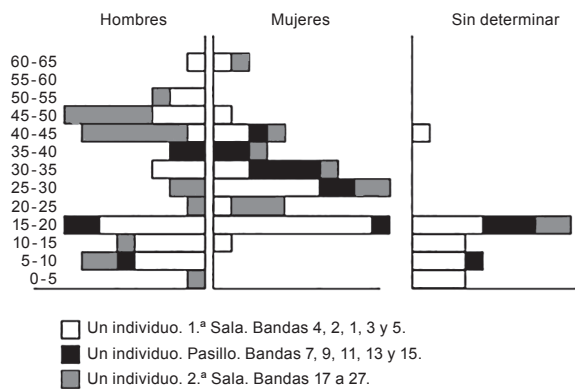


Tabla 4. Gráfico de distribución en la cueva por sexo y edades.

5. Un ejemplo de lesión craneal con supervivencia

Al último grupo de restos humanos depositados en la superficie pertenece el hueso frontal de un varón adulto de entre 30 y 40 años. Se halló en una zona revuelta del pasillo 1, el de entrada a la cueva, a la altura del cuadro 2F junto a los restos de niño antes citados y un fragmento de hemifrontal de adulto. En su entorno se halló un diente de hoz de sílex, un percutor, un buril, muchos fragmentos de cerámica lisa y una de cordón unglado. Fue datado directamente para con-

firmar su adscripción al calcolítico, dando una fecha de 3975 ± 35 BP. Su sigla es Ab. rev. p. 105 (caja 997).

Presenta una frente retirada, con marcada depresión ofrítica y unos superciliares muy marcados en 2/3 de su desarrollo. Aparece visible en 1,5 cm rastros de metopismo recesivo. El espesor craneal a nivel del vertex es de 8,70 mm lo que indica un hueso grueso y de gran densidad y robustez. Podemos destacar así mismo la presencia de unas crestas crotáfites marcadas. Los orbitales presentan escotaduras amplias en ambas órbitas, sin que aparezcan orificios, ni huellas vasculares.

Lo mas destacable de este frontal es la presencia visible en norma anterior de una lesión que supone una perdida de sustancia con una perforación de sección cuadrangular de 6,6x5,51 mm, ligeramente descentrado hacia dentro y hacia abajo. La lesión cuadrangular se localiza a 32,37 mm del superciliar izquierdo y 16,01 mm del plano sagital. La profundidad de la lesión alcanza los 4,17 mm.

Si bien la lesión es cuadrangular, no es un cuadrado perfectamente regular, correspondiendo la altura del lado sagital a 3,60 mm y el externo a 5,51 mm. El largo superior es de 6,66 mm y el inferior de 5,98 mm.

La lesión afecta a una zona muy sensible, el seno frontal izquierdo, que en este caso no aparece muy neumatizado.

Aparece un ligero callo cicatricial visible a partir de una remodelación de la tabla externa, en todo el reborde del orificio como consecuencia de un proceso activo de regeneración o cicatrización del hueso que llega a ocultar el tejido diplóico subyacente (Fig. 16).

En norma interna aparece un hundimiento de la tabla interna, con la presencia de dos lascas óseas, una de mayor tamaño a su derecha, otra mas pequeña y un reducido hoyuelo, de aspecto criboso (Fig. 17).

La depresión de la tabla interna afectó necesariamente al neurocráneo pero no hubo desplazamiento de los fragmentos óseos.

Tampoco se aprecia vascularización especial u otra alteración ósea.

La apófisis crista galli se conforma como un surco suave. Se dirigen hacia el punto de la depresión dos pequeños vasos que no presentan reacción lacunar.

En cuanto a la interpretación de la lesión frontal, en primer lugar hay que descartar ningún proceso taxonómico *post mortem*. La presencia de una reacción cicatricial consolidada indica una supervivencia del individuo tras producirse la lesión.

Del mismo modo debemos descartar que se trate de cualquier proceso patológico, como malformación o neoplásica, que pudiera dar lugar en esa zona del cráneo a una pérdida de sustancia. Por consiguiente debemos atribuir la lesión a una acción mecánica ajena

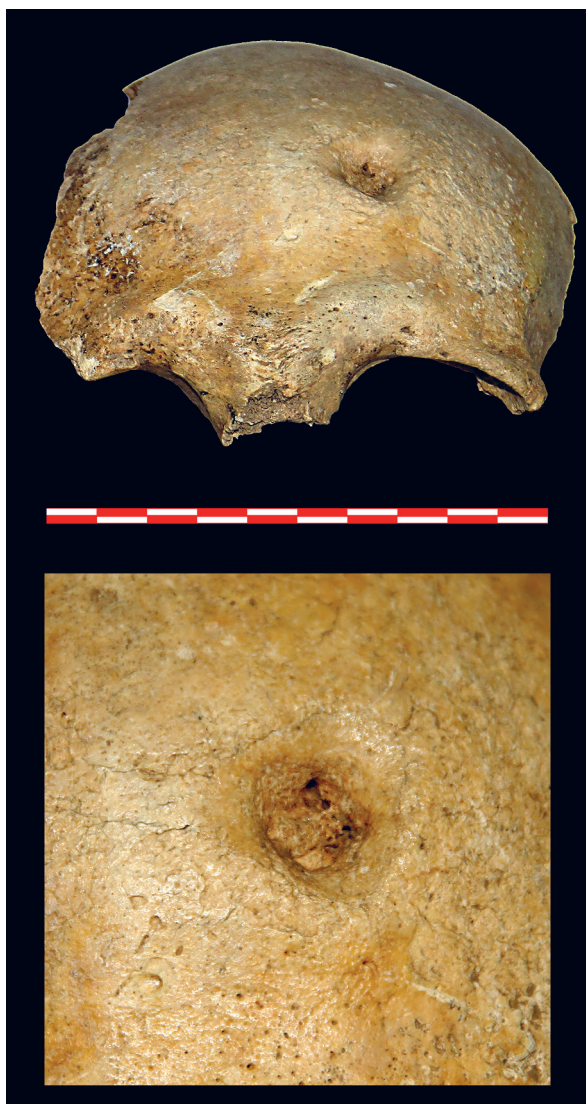


Figura 16. Lesión en el frontal por la parte exterior. Nótase la existencia de huellas de un objeto punzante en el interior.

al individuo, provocada con una importante fuerza cinética sobre el hueso frontal de la cabeza.

Llegados a este punto, se debe establecer el diagnóstico diferencial entre una herida inciso-contusa con pérdida de sustancia del hueso sin alcanzar el neurocráneo o una trepanación (Lacroix, 1972; Perrot, 1975-1976, Campillo, 1992). Veamos las posibilidades:

a) Herida inciso-contusa con pérdida de sustancia del hueso

Las heridas en la superficie del cráneo tienen una incidencia escasa en paleopatología y, en la mayoría de los casos, se interpretan como efecto de lesiones accidentales con contusión y abrasiones más o menos intensas que provoca la afectación del periostio seguido de un fenómeno de osteolisis. En algunos casos

procesos infecciosos superpuestos pueden actuar sobre la zona de la lesión.

En estos casos el hueso aparece con una superficie deprimida de fondo irregular (Campillo, 1992). Otra modalidad de heridas inciso-contusas es la producida por recibir un proyectil o un golpe directo con una herramienta o arma.

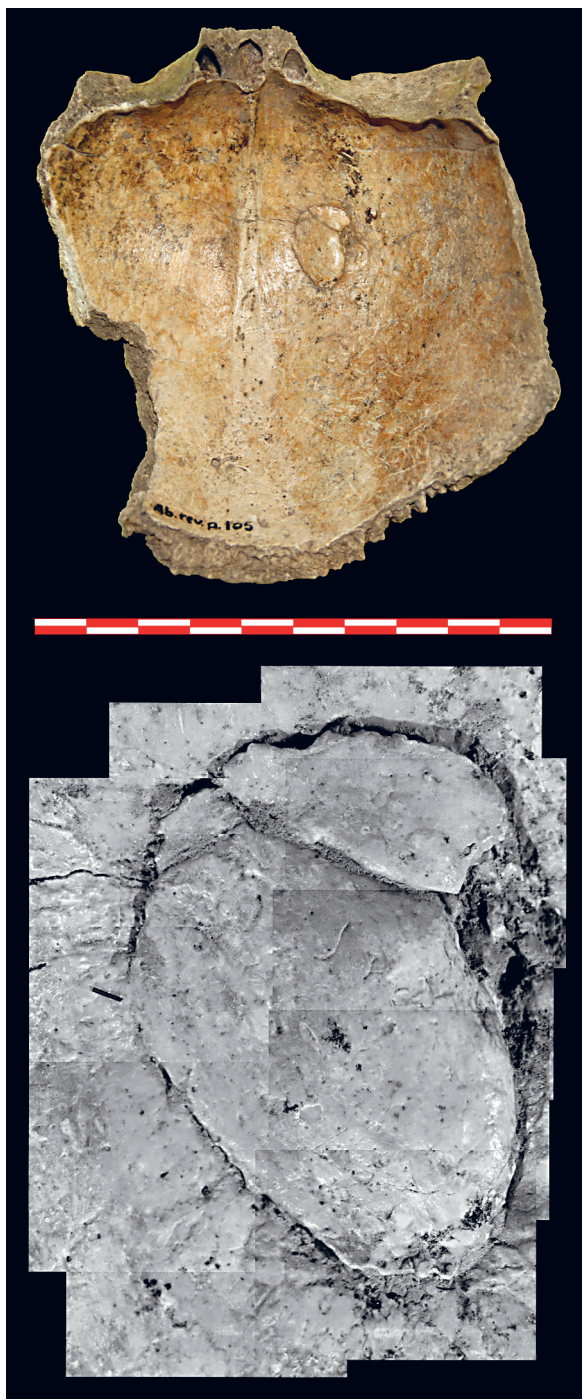


Figura 17. Detalle de la lesión en el frontal por la parte interior. Nótase como ha sobrevivido a la lesión.

Nos preguntamos qué instrumento pudo ocasionarle una lesión cuya sección presenta morfología cuadrangular de medio centímetro y cuatro orificios en cada vértice del cuadrado. Rastreando documentación acerca de las tipologías metálicas en cobre de la época (2000 a. C.) convendría a la huella, por ejemplo, el empleo de un hacha similar al tipo Vidra, donde existen hachas-escoplo planas y hachas-pico de perforación transversal para enmangar. En el yacimiento de Abauntz existen algunas piezas de cobre como un hacha plana y una punta pedunculada, aunque ninguna de ellas parece apropiada para ejecutar la agresión.

Un dardo romo de sección cuadrangular, lanzado con fuerza cinética suficiente puede producir el hundimiento de la tabla externa y aplastamiento de la diploe.

Debemos añadir que la lesión que describimos parece presentar una direccionalidad que indica que fue producido de arriba abajo, de sagital hacia orbital izquierdo, en su parte externa. El hundimiento y la neoformación aparece más profundamente en su parte anterior. Esta direccionalidad parece hacer incompatible una lesión dirigida desde el frente del sujeto lesionado.

b) Trepanación

La trepanación es una práctica usual en Europa desde el Neolítico. Podemos diferenciar tres tipos de trepanaciones, en ocasiones utilizadas de manera combinada: el barrenado, el legrado o abrasión y la incisión (Campillo, 1977). Es frecuente la supervivencia tras la trepanación, que se produce hasta en el 73,61% de los 34 cráneos estudiados por Campillo (1977: 478) en el área mediterránea de la Península Ibérica.

En el caso que nos ocupa podemos descartar el barrenado y la abrasión y pensar en la incisión. No hay evidencias de los estigmas de corte que deja en los bordes del orificio la técnica de incisión repetitiva, pero la existencia de un callo cicatricial puede haber enmascarado esta técnica.

En contra de la posibilidad de que se trate de una trepanación debemos indicar que no es frecuente actuar sobre los senos frontales, por los riesgos evidentes que entraña de infección.

Otro dato diferencial es que no se alcanzó el neurocráneo, y este es el objetivo de las trepanaciones, sino que esta presente la tabla interna y esta presiona sobre el lóbulo frontal.

A la vista de los supuestos anteriores concluimos que, en nuestro parecer se trata de un mecanismo mixto. El sujeto posiblemente sufrió un impacto con un martillo, percutor de asta, madera o hueso, golpeando con fuerza, con la mano, de arriba abajo, produciendo

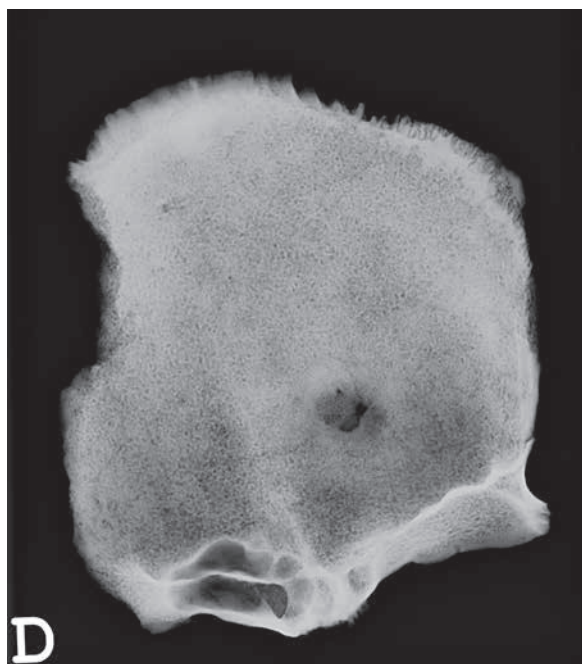


Figura 18. Radiografía de la trepanación. Dr. Javier Pons Bosque.

una herida inciso-contusa. El sujeto posteriormente fue intervenido con una acción curativa, eliminando las esquirlas de la tabla externa y posiblemente regularizada mediante instrumental de sílex o metálico. La intervención no fue de tipo ritual sino con un objetivo claramente terapéutico, ya que no se perforó la tabla interna, ni se llegó al neurocráneo. No se produjo infección posterior y hubo una supervivencia importante. El sujeto no falleció por motivos achacables a esta lesión frontal, ya que no presenta ni en superficie, ni en endocráneo, procesos patológicos que lo apoyen.

Nos preguntamos qué instrumento pudo ocasionarle una lesión cuya huella presenta marcados agujeros en la perforación cuadrangular. Rastreando documentación acerca de las tipologías metálicas en cobre de la época (2000 a. C.) convendría a la huella, por ejemplo, el empleo de un hacha similar al tipo Vidra, donde existen hachas-escoplo planas y hachas-pico de perforación transversal para enmangar. En el yacimiento de Abauntz existen algunas piezas de cobre como un hacha plana y una punta pedunculada, aunque ninguna de ellas parece apropiada para ejecutar la agresión.

Podríamos pensar también que en lugar de un martillo fuera una punta de sílex o metal que se clavó en el frontal y fue intervenido para eliminar este impacto, pero no hay evidencias que nos decanten por esta posibilidad.

Lo más destacable del caso es que vemos, de manera inusual, una intervención sobre el hueso frontal, y

seno frontal, sin alcanzar el neurocráneo y con callo cicatricial y alta supervivencia del sujeto y que la mayor parte de las trepanaciones no obedecen a indicaciones terapéuticas ya que intervienen en zonas de escaso riesgo de muerte (parietales, frontales y occipitales) y alcanzan el neurocráneo, sin afectar a la aracnoides. En la radiografía, realizada por el Dr. J. Pons a quien agradecemos su gentileza, se aprecia una regeneración ósea y la presencia de dos fosas que comunican con endocráneo, sin reflejo de reacción patológica (Fig. 18).

Podemos ver la sección cuadrangular del objeto contuso que produjo el trauma, con mayor depresión en la zona anterior. Aparecen marcados los senos superficializares izquierdos y no presenta los derechos pese a conservarse en su integridad.

En resumen, y como valoración final, a nuestro parecer se trata de una intervención con un claro interés curativo que se resolvió favorablemente para el paciente.

En cuanto a los paralelos peninsulares, huellas similares a la del frontal de Abautz se observan en una trepanación incompleta en frontal por barrenado del yacimiento eneolítico de Cova de l'Heura, Ulldemolins (Tarragona) (Campillo, 1976) o en la lesión traumática por pica de bronce, con hundimiento craneal del yacimiento de Cales Coves (Menorca) con enterramientos adscribibles a las Edades del Bronce y del Hierro. En el primer caso ha habido escaso tiempo de supervivencia ya que la reosificación no es intensa. En cambio, en el segundo el hueso neoformado ha soldado los fragmentos (Fig. 19).

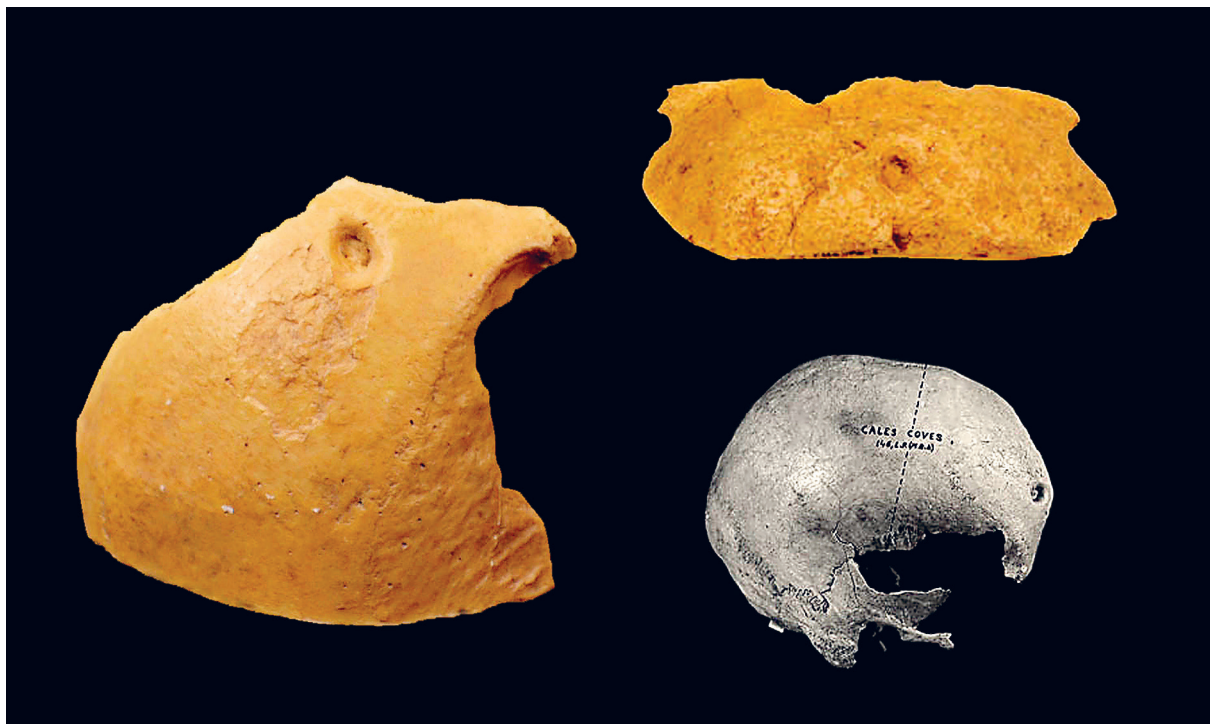


Figura 19. Lesiones similares a la registrada en Abautz procedentes de Cova de l'Heura (Ulldemolins) (según Campillo) y Cales Coves (Menorca).

Bibliografía

- APELLÁNIZ, J.M. (1973): *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional*. Munibe: suplemento 1, 1-366.
- BARANDIARÁN, J.M. (1953): *El Hombre Prehistórico en el País Vasco*. Buenos Aires.
- BEGUIRISTAIN, M.A. y VELAZ, D. (1998): "Objetos de adorno personal en el dolmen de Aizibita (Ciaruqui, Navarra)". *Cuadernos de Arqueología Navarra* 6, 7-31
- CAMPILLO, D. (1976): *Lesiones Patológicas en cráneos Prehistóricos de la Región Valenciana*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie Trabajos Varios 50. Valencia.
- CAMPILLO, D. (1977): *Paleopatología del cráneo en Cataluña, Levante y Baleares*. Ed. Montblanc Martín, Barcelona.
- CAMPILLO, D. (1992): "Cicatrización del hueso craneal". *Munibe (Antropología-Arqueología)*, Suplemento 8, 33-49.
- FERNÁNDEZ, E. (2005): *Polimorfismos de DNA mitocondrial en poblaciones antiguas de la Cuenca mediterránea*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Barcelona.
- LACROIX, M. (1972): "Étude medico-legale des pertes de substance de la voute du crane". *Collection de Medicine Legal et de Toxicologie Medicale* 60, 1-124.
- LORENZO, J.I. (1994): *Ensayo de una metodología aplicada al estudio de Paleontología Humana de las poblaciones prehistóricas del valle Medio del Ebro*. Tesis doctoral inédita. Zaragoza.
- MARTÍN GRANEL, H. (1959): "L'allée couverte de Boun Marcou à Mailhac (Aude)". *Gallia Préhistoire* II, 39-56.
- MAZO, C. y UTRILLA, P. (1996): "Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz). Campañas de 1994 y 1995". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 12, 270-279.
- PERROT, R. (1975-1976): "Documents pour l'A.E.A. d'Anatomie (mention: paléontologie et paléopathologie) et le C.E.S". *Centre de Paleoanthropologie et de Paleopathologie*, 1-30, Lyon.
- TROTTER, M.; GLESER, G. C. (1958): "A reevaluation of estimation of stature based on measurement of stature taken during life and of long bones after death". *American Journal of Physical Anthropology*, 16, 791-24.
- TURBON, D. (1977-1987): "Frecuencias de trepanación en la edad del Bronce de Cataluña". *Pyrenae* 13- 14, 61-66.
- UTRILLA, P. (1982): "El yacimiento de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra)". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3, 203-346.
- UTRILLA, P. y MAZO, C. (1992): "Campaña de salvamento en la cueva de Abauntz (Excavaciones de 1988)". *Trabajos de Arqueología Navarra* 10, 406-411.
- UTRILLA, P. y MAZO, C. (1993-1994): Informe preliminar sobre la actuación de urgencia de 1991 en la cueva de Abauntz. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 11, 9-30.
- UTRILLA, P. y MAZO, C. (1994): "Informe sobre la campaña de 1993 en la cueva de Abauntz". *Trabajos de Arqueología Navarra* 11, 248-254.
- UTRILLA, P. y REDONDO, G. (1979) : "Monedas de época constantiniana en la Cueva de Abauntz (Navarra)". *Revista Príncipe de Viana*, 154-155, 31-39.
- UTRILLA, P., MAZO, C. y LORENZO, J.I. (2007): "Enterramientos humanos en el Calcolítico de Abauntz". En: *La tierra te sea leve. Arqueología de la Muerte en Navarra*, Museo de Navarra, 66-72.